

- CÓMO HACER ETNOGRAFÍA EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA

Karla Rivera Téllez

“ LA VIOLENCIA ES FORMATIVA; MOLDEA LA PERCEPCIÓN DE LAS PERSONAS SOBRE QUIÉNES SON Y SOBRE LAS LUCHAS QUE SE PERSIGUEN A TRAVÉS DEL TIEMPO Y EL ESPACIO - ES UNA DINÁMICA CONTINUA QUE FORJA Y AFECTA LAS IDENTIDADES.

-Feldman, 1991

”

Los seres humanos hemos vivido en constante lucha por el poder, territorio y recursos desde nuestros orígenes como especie. Robben y Nordstrom (1995), han señalado que la violencia es una dimensión de la existencia humana, no un agente externo a la cultura y la sociedad en la que nos desenvolvemos. Partiendo de esto se vuelve importante considerar que los contextos de violencia han formado parte del trabajo de campo de muchos investigadores y exploradores, incluso antes del nacimiento de la antropología como disciplina.

Los cimientos del siglo XXI se forjaron, según Hobsbawm (1994), sobre un periodo de la historia que no puede concebirse disociado de la guerra. El siglo XX, “el siglo más

violento de la historia”,¹ transcurrió en medio de dos guerras mundiales, rebeliones y una ola de revolución generalizada ligada a la sequía, hambruna, a la caída de regímenes totalitarios y la erección de otros. De esta forma, armas y explosiones se han convertido en elementos descriptivos para América Latina, Asia, África, Europa y Medio Oriente a finales del siglo XX e inicios del XXI.

A partir de lo anterior, se plantea como necesario hacer una reflexión en términos metodológicos sobre la realización de investigaciones sobre el terreno, con el fin de proponer una serie de consideraciones que provean mecanismos de seguridad como parte de la estrategia de trabajo de campo. Considerando que la violencia tiene consecuencias de carácter social y cultural, como problemas de identidad, pertenencia social, inestabilidad de rol o desequilibrio en las relaciones familiares, se presenta como un tema central y reto para la investigación antropológica en el país.

El capítulo se compone por tres apartados, en el primero se revisan experiencias de trabajos de campo en contextos de violencia en el ámbito internacional; en el segundo apartado presento casos de antropólogos mexicanos asesinados o desaparecidos; y en el tercero expongo una propuesta metodológica para la realización de trabajo de campo en contextos de violencia, la cual aborda tres momentos: la preparación previa, durante el trabajo de campo y la escritura etnográfica. La elaboración de las estrategias metodológicas las realicé a partir de la documentación de experiencias de diversos antropólogos y antropólogas mexicanas, quienes han enfrentado diversas situaciones de riesgo durante su trabajo de campo, todo lo cual sistematicé para ofrecer una guía que oriente la investigación en estos contextos.

¹ Historia del siglo XX, Hobsbawm, E. 1995.

EXPERIENCIAS DE TRABAJO DE CAMPO EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Bajo este panorama, es importante dar cabida y crédito a los trabajos antropológicos que se han realizado en zonas de conflicto. Pieke (1995) realizó trabajo de campo en Pekín por cinco meses presenciando marchas y protestas masivas bajo el contexto de la llamada “Masacre de Tiananmén”, movimiento liderado por estudiantes universitarios contra el gobierno del partido comunista de China en 1989. A causa de la gran revuelta, Pieke tuvo que resguardarse y decidir si abandonar el sitio o modificar el diseño inicial de su investigación para poder continuar con el estudio.

Pieke señala que bajo ciertas circunstancias, el investigador puede embarcarse en una u otra estrategia, decidir si quiere abandonar el tema o quedarse en el sitio de conflicto, lo cual implica que debe ser extremadamente flexible y estar preparado para cambiar el diseño inicial e incluso modificar los tópicos de su investigación (Pieke, 1995).

En el caso de Omidian, en un artículo publicado en 2009 titulado *Viviendo en una Zona de Conflicto: Una antropóloga aplicada en Afganistán*, relata cómo el gobierno de Estados Unidos inició un programa para contratar científicos sociales, particularmente antropólogos, para las guerras de Afganistán e Irak en 2001. Durante su estancia, la investigadora trabajó para un proyecto derivado de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre estudios cualitativos de mortalidad materna con poblaciones de refugiados en áreas rurales, semi-rurales y urbanas, entre ellas una villa pro talibán y otra pro Al Qaeda. Tal misión conllevó retos tales como obtener la mayor cantidad de datos e información posible en una sola visita, pues las villas visitadas cada vez se encontraban más desoladas y ella, junto con sus colaboradores, se volvían intrusos en las comunidades aumentando el peligro

de ser atacados, pues luego de 30 años de guerra constante, Afganistán se volvía más caótico y con cada vez menos áreas donde los caminos fuesen seguros:

La siguiente parada fue al este, cerca de Pakistán. Mis colaboradores y yo nos sentamos a platicar cuando escuchamos disparos detrás del muro del lugar donde nos estábamos quedando. No podía entender, nos fuimos tan pronto como escuchamos las plegarias matutinas [...] Sentía que cada viaje nos llevaba a predicamentos más peligrosos (Omidian, 2009:6).

Como miembro de una Organización No Gubernamental (ONG) internacional, viajar con guardias o armas estaba prohibido, pues el nivel de riesgo para el antropólogo y sus colaboradores se podría incrementar, por lo tanto su protección y bienestar dependía del conocimiento local y en ocasiones de la suerte, puesto que en zonas de conflicto se vuelve difícil distinguir entre posibles enemigos, no se sabía si la gente temía más a los talibanes, a Al Qaeda, a líderes de drogas, a militares, a mafias u a otros criminales. Los conflictos étnicos eran usados como excusa para matar y todos se volvían blanco de sospecha.

La habilidad de la antropóloga en el entendimiento de la lengua y cultura, gracias a una estancia previa de siete años con una familia afgana, le permitió mimetizarse entre la población y confundirse con cualquier afgana que hubiese regresado de Occidente. Esto, menciona Omidian, fue importante para pasar desapercibida en una ciudad que era siempre insegura. En tal punto, la importancia que tienen las redes que se establecen con la población local se vuelve crucial, pues sus vecinos la protegieron de quienes buscaban extranjeros como prisioneros, en este caso, su seguridad dependía casi por completo de los locales.

En la misma región geográfica, Swedenburg (1995) realizó una estancia de 14 meses en territorios palestinos ocupados entre 1984 y 1985, periodo en el que se desató la guerra civil de Beirut, suceso en el que perdieron la vida varios de sus colegas. Su tarea consistió en entrevistar veteranos de guerra con la intención de recuperar la memoria popular de la insurrección. Durante tal afán el punto más importante para él fue encontrar un balance entre las versiones subversivas de la revuelta y la necesidad de respetar —incluso llegar a defender— los imperativos nacionalistas de la población conservadora.

Durante sus estudios en la zona y debido al ambiente de conflicto en el que desarrolló su investigación, su metodología se vio afectada, pues señala que “[...] no había nada que hacer, excepto mirar y escuchar” (Swedenburg, 1995:31). La observación participante, elemento clave de la antropología, se volvió imposible dadas las circunstancias.

En otro medio, Nordstrom (1995), investigadora especialista en temas de guerra y tráfico ilegal de drogas, trabajó en Mozambique durante la década de 1980 en un periodo de posguerra bajo un contexto de hambruna y abuso de derechos humanos en el que “la gente moría, era asesinada, lastimada, cortada, asaltada, apuñalada, vencida [...] no había medicina, ni doctores, ni comida para ayudar” (Nordstrom, 1995:133).

La autora tuvo que ser testigo de la destrucción de escuelas y hospitales, del desplazamiento forzado de cerca de un cuarto de la población total del país, de masacres durante esta guerra en la que más de un millón de personas, la vasta mayoría civiles, perdieron la vida y más de doscientos mil niños quedaron huérfanos teniendo que escuchar historias de alto impacto que le causaron, como ella lo denomina, un “choque existencial”:

Mi familia ya no está, sólo yo. Pero la violencia y asesinatos no son necesariamente lo peor. Lo peor es la hambruna eterna, el desplazamiento forzado, la falta de vivienda... Los bandidos armados llegaron a la ciudad. Se llevaron a mi hijo, lo cortaron, lo asesinaron y pusieron piezas de él en una olla y lo cocinaron. Luego me forzaron a comerlo. Lo hice. No sabía que más hacer (Nordstrom, 1995:133).

No más risas, no más historias, no más niños. No más hogar [...] Lo peor de esto es la forma en que se ataca nuestro espíritu, nuestra esencia. Antes de esto sabía quién era [...] pero ahora no tengo nada, he perdido lo que me hace ser quien soy. No soy nada aquí. (Nordstrom, 1995:135).

El caso de Olujic, quien estuvo en la antigua Yugoslavia durante el conflicto armado de 1991, tropezó con obstáculos en cuanto a la metodología, generados por los conflictos políticos, económicos, culturales y étnicos entre serbios, croatas, bosnios y albaneses. En su libro relata cómo la pérdida de vivienda y tierra son sinónimos de pérdida de identidad para la población, pues la relación psicológica con la tierra es un rasgo en el comportamiento consciente y subconsciente de los croatas. Durante esta travesía, examina su rol como antropóloga, quien aparentemente entrenada para tener una postura objetiva en todo momento, se enfrentó con cuestiones emocionales al hacer observación participante, pues tomando en cuenta que éste es el principal método en la etnografía, en situaciones de conflicto, la autora se cuestiona ¿cómo participa uno en el sufrimiento humano y la violencia? “Necesitamos ver a estas personas en toda su humanidad. Necesitamos buscar nuestros propios motivos en la recolección de datos y en el reporte de

su realidad. Nuestra tarea es un problema sin fin con una difícil respuesta” (Olujic, 1995:203).

En el contexto latinoamericano, Rodgers plantea las dificultades de trabajar en contextos urbanos en la Nicaragua post-sandinista. En un artículo titulado *Haciendo del peligro una vocación: la antropología, la violencia y los dilemas de la observación participante* (1997), el antropólogo narra su intención inicial de estudiar las redes solidarias y de cooperación como estrategias de sobrevivencia analizando las influencias sandinistas dentro de contextos urbanos en barrios de bajos ingresos. Lo que el investigador encontró al llegar a Nicaragua fueron condiciones sociales que no se esperaba. El ambiente de desintegración, fragmentación, apatía, violencia, asaltos, asesinatos y peleas entre pandillas le llevó a replantearse el tema central de su investigación modificándolo radicalmente luego de haber sido víctima de dos asaltos a mano armada.

El investigador tuvo que relacionarse poco a poco con la gente tomando paseos por las calles, identificando personas y entablando diálogo con quien pudiese y fue así como se suscitó la oportunidad de conocer al líder de la pandilla de mayor influencia en el barrio donde trabajaba, mismo que lo introdujo a la dinámica social pandillera logrando entrar de lleno en el grupo. Diversos aspectos jugaron un papel crucial en la introducción del investigador a la pandilla. En este caso, el investigador tuvo que superar varias pruebas de valentía para poder ganarse la confianza de los grupos pandilleros, como robar o pelear, actos que fueron calificados por él mismo como estrategias de supervivencia que le permitieron tener un acceso extenso y abierto a la población de estudio.

La facilidad de entrar en el grupo radicó en el hecho de ser varón y una chispa de casualidad sobre su apariencia física, pues el antropólogo lucía la cabeza totalmente rapa-

da, aspecto que suele relacionarse con los integrantes más peligrosos de la comunidad pandillera, lo que hizo pensar a los demás integrantes que el investigador era uno de ellos. En este sentido, el género es un asunto que juega un papel importante en la relación que establece el investigador con sus informantes. Las mujeres, señala Goldstein (2014), tienden a enfrentar amenazas, acoso, bromas y hasta contacto físico inapropiado de tipo sexual y violaciones con más frecuencia que los varones, como el caso de Cathy Winkler quien fue víctima de una violación en 1987 mientras realizaba trabajo de campo.

El último caso se trata de Green (1995) y su investigación realizada en el corazón del Conflicto Armado Interno de Guatemala entre 1989 y 1990 con algunas comunidades mayas, donde presencié reclutamientos militares de jóvenes durante las fiestas, personas que, apunta, se iban siendo indígenas y regresaban forzados a matar y a fusilar a los suyos. Bajo ambientes bélicos, como ya se ha revisado, se torna peligroso hablar sobre algunos temas con extraños y los externos se vuelven sospechosos. El caso de la antropóloga no es la excepción, pues señala nunca haberse sentido libre de preguntar sobre ciertos temas por miedo, debido a las malas interpretaciones que se pudieran suscitar y su sola presencia como agente externo levantaba sospechas.

Su experiencia alrededor de esto fue haber sido sometida a diversos interrogatorios ofensivos por la población indígena que vivía en un estado de miedo permanente. La autora señala conveniente cuidarse de lo que se dice, pues los rumores pueden ser definatorios entre la vida y la muerte. Al respecto comenta su experiencia de haber sido amenazada y rodeada por soldados con armas que apuntaban directamente hacia ella, la acusación que se le adjudicó fue hablar en contra del ejército. "No debo parecer culpable, me repetía a manera de mantra, estaba nerviosa, llegué sin

aliento y aterrada [...] ultimadamente sabía que era culpable porque estaba en contra del sistema de violencia y el terror que me rodeaba" (Green, 1995:116).

La investigación cualitativa es ya de por sí un reto en cualquier ambiente, pero en contextos altamente violentos se presentan mayor cantidad de obstáculos que involucran tanto el éxito que tenga el investigador durante el trabajo de campo como su seguridad. La violencia cotidiana a la cual se enfrentan los investigadores requiere que éstos estén siempre alerta ante amenazas hacia su propia seguridad física (Goldstein, 2014) y la de sus interlocutores.

EXPERIENCIAS DE ANTROPÓLOGOS MEXICANOS

La llamada "Guerra contra el narcotráfico" fue una política implementada por el ex presidente de México Felipe Calderón Hinojosa en el 2006, en la que se lanzó una fuerte ofensiva en contra del crimen organizado autorizando el uso masivo de la fuerza militar, hecho que fue el detonante para que los cárteles de droga más poderosos y violentos respondieran de una forma expansiva y violenta en todo el territorio del país. Desde entonces la población mexicana ha sido víctima y testigo de persecuciones, asesinatos, torturas, violaciones, tratos crueles, ejecuciones, secuestros y masacres.

Aunado a la crisis de índole social y humanitaria que atraviesa el país, se suma un mal uso de los recursos en cuanto a salarios y precarización laboral, situación que ha generado un alza en los índices de asaltos, robos a mano armada y escenarios de pobreza en los que cada vez es más común el comercio de estupefacientes como única estrategia de subsistencia para muchos jóvenes que carecen de empleo. Para hacer frente a tal situación, los gobiernos locales, estatales y federal han hecho uso de la fuerza militar

y policiaca con el afán de erradicar a dichos grupos delictivos violando los derechos humanos de la población civil en general y llevando a cabo detenciones y asesinatos arbitrarios al azar dejando como secuela un clima de terror e impunidad, mismo que ha abierto el camino a la banalización y normalización gradual de la violencia (Gilles, 2015) insensibilizando a la población y destruyendo el tejido social de comunidades enteras.

En México ser antropólogo se vuelve cada vez más en una tarea de alto riesgo, pues al trabajar con poblaciones vulnerables arrasadas por la violencia y tratando de dar voz a aquellas poblaciones invisibilizadas, nos ponemos en la misma situación de vulnerabilidad. La dificultad de realizar trabajo de campo en sitios donde el miedo, la sospecha o el silencio son componentes claves entre la vida y la muerte aumenta el grado de incertidumbre y peligro tanto para el antropólogo como para sus informantes.

Para dar ejemplo del riesgo que corren quienes quieren hacer etnografía en tiempos violentos existen varios casos de investigadores que fueron asesinados o desaparecidos debido al tipo de información que manejaban. Miguel Ángel Gutiérrez Ávila, antropólogo investigador de la Universidad Autónoma de Guerrero y activista en pro de los derechos indígenas, fue golpeado hasta la muerte en el estado de Guerrero en Julio del 2008 mientras regresaba de hacer trabajo de campo. Su muerte estuvo relacionada con la filmación y documentación que hizo sobre los ataques por parte de la extinta Agencia Federal de Investigación (AFI) hacia la radio indígena comunitaria "La voz del agua" con la que el investigador colaboraba desde su fundación.

Nadia Vera, antropóloga y miembro activo del movimiento #yosoy132 denunció, junto con otros profesionales, la carencia en cuanto a derechos humanos en el estado de Veracruz responsabilizando al gobierno de Javier Duarte del

deterioro de los sistemas de seguridad en la entidad. Luego de varias amenazas de muerte y hostigamientos por parte del mismo gobierno, la antropóloga fue asesinada en su casa en la Ciudad de México en verano del 2015.

José Luis Blanco, quien fuera catedrático en la Universidad Veracruzana, realizó trabajos de investigación en zonas rurales marginales en el mismo estado en torno a la conservación del patrimonio histórico-cultural y medioambiente. El investigador encabezó un estudio sobre los afectados por Anaversa,² trabajo que le sirvió para llevar el caso a la corte interamericana de derechos humanos. Las causas de muerte siguen levantando sospechas y se cree que el mismo Javier Duarte fue quien dio la orden de asesinato en 2012.

Sobre la desaparición y asesinato de Luis Eduardo Cisneros Zarate y Eric Omar Cipriano Ortega, respectivamente, no se sabe mucho. El primer caso se trata de un estudiante de la Escuela Nacional de Antropología e Historia con una vida política activa, cuyo caso no ha sido resuelto ni su cuerpo encontrado desde el 2009. Eric Cipriano, también estudiante de antropología por la ENAH, fue hallado muerto en 2008 en la localidad de Maruata, Michoacán, mientras realizaba trabajo de campo.

² Agricultura Nacional de Veracruz, S.A. Empresa dedicada a la fabricación de fertilizantes y pesticidas. En 1991 se suscitó un corto circuito en la fábrica, mismo que devino en un incendio descontrolado y en una explosión que originó el derrame y combustión de miles de litros de químicos altamente tóxicos. El accidente está considerado por la organización ecologista Greenpeace como el peor accidente químico en México y el tercero a nivel mundial. Una catástrofe ambiental y de salud que ha causado la muerte documentada de más de 2 mil personas, aunque la cifra podría superar las 5 mil, así como miles de malformaciones y varios centenares de afectados, que aún ahora, siguen padeciendo los efectos de la contaminación diseminada en Córdoba, Veracruz, hace exactamente un cuarto de siglo. <http://www.foroambiental.com.mx/anaversa-25-anos-con-miles-de-muertos-e-impunidad-absoluta/>

Bajo este contexto de violencia, De la O (2012) comenta que la antropología en México tiene alcances diferentes y se hace necesario repensar y re aprender a hacer investigación en realidades sociales violentas, obligándonos a evaluar y moldear nuestros marcos teóricos y metodológicos clásicos ante la imposibilidad de tener un acercamiento a determinadas comunidades en situaciones de conflicto debido a la desconfianza que existe bajo estos contextos. La investigación abre entonces nuevos retos y nos enfrenta a situaciones en las que debemos extremar precauciones haciendo del trabajo de campo un “campo de minas”, como sugiere Ferrándiz (2008), durante el cual debemos de actuar con cautela, incrementar la precisión en nuestro quehacer, ser precavidos y capaces de anticipar los peligros y dificultades que se puedan presentar durante la investigación considerando una forma más heterogénea o menos rígida que se ajuste a las necesidades y vicisitudes que surgen en nuestro contexto.

CÓMO HACER TRABAJO DE CAMPO EN CONTEXTOS DE VIOLENCIA

En este apartado presento una guía metodológica que provee de tácticas y estrategias para la realización de investigaciones en contextos de violencia. Se compone de tres partes: la primera aborda lo relativo a la preparación previa al trabajo de campo, la segunda se concentra en el trabajo de campo, y finalmente, como tercer punto, se ofrece una serie de orientaciones para la escritura etnográfica de los resultados.

ANTES DEL TRABAJO DE CAMPO

El complejo escenario al cual nos enfrentamos en la actualidad, señala Zavala (2014), requiere descifrar la metáfora del

trabajo de campo como un laberinto en el que es necesario diseñar estrategias para salir bien librado de él. En este sentido sería útil que antes de emprender la hazaña se hiciera un ejercicio de *cálculo etnográfico* en el cual considerar y poner sobre la balanza tres variables dependientes:

1. El tipo de información que está siendo buscada.
2. Cómo será adquirida.
3. Cuáles son los riesgos que se podrían presentar.³

La **planeación, anticipación y evaluación** realista del peligro al que nos podemos enfrentar antes de la llegada al lugar del estudio es necesaria a fin de establecer un protocolo de seguridad que posibilite el registro de la realidad social a investigar y que contemple tanto la seguridad del antropólogo como la de sus informantes.

El uso de tácticas, menciona Vázquez (2012), no sólo tiene que ver con el uso de instrumentos clásicos en las ciencias sociales, como pueden ser las entrevistas, encuestas o historias de vida, sino con el manejo que de ellas se tiene, la forma en que organizamos la información, cómo se jerarquiza, el momento indicado de aplicación de encuestas o entrevistas, la selección tanto de sujetos con quienes aplicarla como del lugar adecuado para hacerlo. Por ello es importante que antes de entrar al campo haya una **etapa de reflexión y preparación del proyecto** en la que se debe analizar la formulación del problema a abordar como punto de partida, pues *si no se sabe lo que se busca, difícilmente se encuentra lo que se quiere* (Durand, 2014:242). Hacer una selección de metodología y revisar la pertinencia del tema, pues si la agenda de investigación no refleja las prioridades

³ Kovats-Bernat, 2002.

de la gente, menciona Falla en Manz (1995), difícilmente obtendremos respuestas concretas de la población.

El primer miramiento para empezar un trabajo de campo/investigación en contextos de violencia es tener en cuenta que existe la posibilidad de enfrentarse a emociones fuertes como la desilusión, frustración y desaliento, pues habrá veces que el escenario imaginado no coincidirá con las condiciones reales del lugar, pues “todos los agentes que forman parte del lugar no estarán igualmente abiertos a la observación ni todo el mundo querrá hablar, o incluso los que quieran no estarán preparados o quizá ni siquiera sean capaces de divulgar toda la información de que dispongan” (Hammerley y Atkinson, 1994:91).

En este momento el investigador puede elegir seguir adelante con el proyecto a pesar de las trabas que se le puedan presentar o abandonarlo.

Si la persona decide seguir el proyecto debe tener en cuenta que **conocer previamente el contexto** en el que se va a trabajar es fundamental para cualquier trabajo etnográfico, incluso no teniendo un contexto de violencia como escenario. Sin embargo, debido a la poca documentación y mucha tergiversación de las situaciones de violencia por parte de los medios de comunicación, a veces se vuelve imposible conocer las situaciones de inseguridad de antemano. Para evitar escenarios no deseables, Goldstein (2014) sugiere que la planeación debe ser un componente fundamental para el trabajo de campo.

Como primer ejercicio pragmático en la zona a estudiar, es recomendable tener al menos una **visita previa** al lugar con el fin de conocer el contexto y las condiciones, ya que la accesibilidad al sitio no puede darse por sentada, pues ésta depende de múltiples factores, como cuestiones de género, edad, condición social e incluso aspecto físico del investigador. Bruce Schroeder (Howell, 1990), por

ejemplo, fue arrestado en Siria por aparente sospecha de trabajar en la frontera como espía, pues el investigador vestía como uno de ellos: pantalones kaki, llevaba mapas, binoculares y cámara.

DURANTE EL TRABAJO DE CAMPO

Dado que la sospecha más común que tienen los participantes sobre los antropólogos es que son espías, y que difícilmente se puede encontrar a un antropólogo que durante trabajo de campo no haya sido confundido, este peligro, menciona Franz Boas en Robben y Sluka (2012), merece especial atención, pues durante años algunos antropólogos han usado, aplicado y prestado sus métodos de investigación a gobiernos y agencias de inteligencia para colaborar o planear operaciones militares. Como resultado de esto, mucha gente alrededor del mundo ha creído que los antropólogos, incluso aquellos que realizan trabajo “inocente”, son potencialmente peligrosos. Al respecto, señala Polsky en Feldman (1995) que una buena regla para hacer trabajo de campo en contextos sensibles es inicialmente mantener los ojos y oídos abiertos, pero mantener la boca cerrada y tratar de no hacer ninguna pregunta en la primera fase de acercamiento.

Para evitar malos entendidos, otra medida de resguardo es siempre **dar aviso oportuno sobre el trabajo que se realizará** al llegar a campo, pues teniendo en cuenta que el miedo desestabiliza las relaciones sociales y causa desconfianza, se debe informar detalladamente a la población y autoridades de la comunidad sobre lo que se pretende investigar, bajo qué términos, qué objetivos se persiguen y para qué servirá la información, así evitaremos ser blanco de sospecha.

Es importante para los investigadores entender que durante periodos de crisis exista un grado de desconfian-

za dentro de las comunidades con las que se trabaja. Para evitar confusiones, es importante tener siempre credenciales con información de la institución u organización a la cual pertenecemos y tener un respaldo de la misma por medio de cartas de presentación que avalen nuestro quehacer como antropólogos.

Zavala (2014), quien trabajó con jóvenes pandilleros de Cancún, decidió acudir a la Secretaría de Seguridad Pública del gobierno estatal con el fin de obtener información sobre las pandillas en la ciudad. Como estrategia de seguridad ante su posible detención al estar vinculada con las pandillas tuvo que proporcionar información personal, llenar registros, entregar cartas de presentación de la institución, tomar huellas dactilares y hacer una exposición sobre su quehacer antropológico. Esto le permitió credibilidad en el trabajo de investigación, pues había cierta renuencia por parte del gobierno estatal para darle información.

En una época en que impera el miedo generalizado, también es importante **generar lazos de confianza** primero por medio de la información que brindemos a la comunidad sobre nuestro trabajo y nuestro status como investigadores, pero también por medio de la escucha, pues según la experiencia de la antropóloga Gabriela en su investigación con familiares de desaparecidos,⁴ una vez que aprendemos a escuchar a nuestros sujetos de estudio, estos se abrirán y se podrá comenzar a generar un sentimiento de confianza mutua que favorezca la investigación. Sin embargo es importante no bombardear a los parti-

⁴ Nota: en los casos donde sólo aparezca el nombre de pila, se trata de testimonios provenientes de las entrevistas que realicé a antropólogos y antropólogas mexicanas, quienes solicitaron anonimato. Si aparece nombre de pila y apellidos, estos son los entrevistados que accedieron a que se publique su nombre real.

cipantes con preguntas referentes al tema de investigación, “especialmente durante los primeros días de negociaciones de campo es recomendable atenerse a los tópicos de conversación más “irrelevantes” con la finalidad de construir frente a los otros una identidad de persona “normal”, “regular” y “decente” (Hammersley y Atkinson, 1994:97).

En periodos de desconfianza en que el miedo es un agente desestabilizador, nadie puede estar seguro de quién es quién, por eso Zavala (2014) menciona la importancia de compartir actividades cotidianas e informales con los participantes, como pueden ser ir a cortarse el cabello, barrer la calle o comer con los vecinos, pues el afianzamiento de las relaciones y la reducción de las brechas entre antropólogo y participantes tiene mucho que ver con la manera en que nos acercamos a los sujetos.

En este mismo sentido, para obtener información sobre cuáles son los lugares y horas peligrosas es menester **establecer vínculos** empezando desde arriba, con la persona de mayor prestigio en el grupo, esto nos dará paso a contar con una “puerta de entrada” firme, un informante de confianza y conocido por la comunidad a estudiar que nos dé acceso a la población por efecto “bola de nieve” y que nos permita relacionarnos con más miembros de la misma y nos aporte información sobre las zonas y personas que debemos evitar. Durante esta etapa es importante saber en quién confiar, pues si el informante no es del agrado de la comunidad, el etnógrafo tampoco lo será y esto puede tener consecuencias negativas que frenen la investigación.

En un contexto urbano y trabajando en ambientes callejeros en la Ciudad de México, Danielle Strickland optó por elegir a los líderes pandilleros que tuvieran *status* como informantes clave, esto como estrategia de seguridad para llevar a cabo su investigación sin correr riesgos. En consecuencia, el fortalecimiento de las relaciones que mantene-

mos con los sujetos es importante, pues en caso de tener que salir de la comunidad de estudio repentinamente a causa del peligro que el contexto presenta, el grupo podría ayudar al investigador a salir, escapar o pasar desapercibido ante cualquier amenaza.

Una vez afianzados los vínculos con los informantes clave, es importante, señala Rodgers (1997), relacionarse poco a poco con la población tomando paseos por las calles, identificando gente y entablando diálogo con los mismos tratando de actuar “etnográficamente”, es decir, **adoptar la cultura local**. Observar cómo la población habla y lidia con los demás nos ayudará no sólo a ganar su confianza, sino a identificar las medidas de seguridad que ellos mismos tienen para enfrentar los peligros de la vida diaria, cuáles conversaciones – y silencios - son importantes, qué personas evitar y cómo movernos para eludir ser blanco de sospecha o víctima de algún crimen o delito.

Otra forma efectiva de imitar el comportamiento de los locales es manteniendo un perfil bajo tratando de vestir como ellos. Al mismo tiempo se recomienda, para no llamar la atención de posibles asaltantes, no cargar con cámaras de video o fotográficas hasta que los vínculos con la comunidad ya sean sólidos.

Es importante saber que muchas veces las personas del lugar desarrollan una especie de mapa mental sobre su territorio que les permite reconocer personas, lugares seguros y las horas adecuadas para pasar por ciertas zonas (Goldstein, 2014), por eso, poder **identificar áreas de riesgo y “zonas seguras”** con la ayuda de los informantes durante trabajo de campo se vuelve crucial para prevenir agresiones.

Estas áreas son definidas por Williams *et al* (1992) como zonas extendidas varios metros a la redonda del sitio donde se encuentra el investigador en el cual éste se pueda sentir a gusto. Las “zonas seguras”, señala, deben brin-

darnos seguridad tanto física como psicológica, para esto, el ambiente físico debe ser óptimo y no un lugar en ruinas, mal construido o que nos pueda exponer y, por otro lado, el espacio debe brindarnos seguridad psicológica, que nos haga sentir cómodos, fuera de peligro y donde exista un grado de aceptación por parte de los otros.

Conocer las rutas de autobuses, carreteras, tener mapas, un itinerario, contactos en el lugar a trabajar y planear rutas seguras se vuelve crucial en un país donde los eventos de violencia no necesariamente tienen que ver con agresiones físicas, sino con relaciones de poder asimétricas, hostigamientos e intervenciones por parte del ejército en las carreteras, justificadas con la búsqueda de grupos delictivos.

La situación de hostigamiento se vuelve ventajosa para muchos criminales que buscan víctimas en los caminos desolados, razón por la cual se recomienda que, en caso de viajar en coche, cuando se llega por primera vez al lugar de estudio, no dar “aventones” a nadie y tampoco arriesgarse a recibirlos porque esto puede poner en riesgo la seguridad del investigador, quien todavía no ha establecido lazos de confianza o de protección con los habitantes del lugar. Tomando esto en cuenta es importante tener una entrada e instalación muy coordinada y procurar en todo momento la comunicación con agentes externos como profesores, colegas o familiares, ya sea por medio de llamada telefónica —en este sentido es importante cerciorarse de tener siempre crédito en celular—, correo electrónico o mensajes de texto con el fin de informar sobre nuestra situación, dónde y cómo nos encontramos.

Dentro de otras consideraciones a tomar en cuenta, es oportuno mencionar que debemos **evitar a toda costa el consumo de drogas y alcohol**, pues como ya se ha mencionado, en ambientes donde el miedo es generalizado, cualquier movimiento fuera de lugar puede poner al in-

investigador en un rol de víctima. En este caso, al comprar o vender sustancias ilícitas cabe la posibilidad de que el etnógrafo sea identificado como consumidor frecuente o proveedor de droga.

Por otro lado y haciendo hincapié en la importancia que tiene la inmersión del investigador en el grupo objeto de estudio, la observación participante en cotidianidades agresivas se vuelve difícil, por lo que es importante estimar que si la situación lo amerita, tendremos que limitar nuestra intervención a mirar y escuchar considerando la **creatividad y flexibilidad** como importantes estrategias de supervivencia. No tendrá ningún valor el trabajo de campo de alguien que emprende una expedición decidido a probar determinadas hipótesis, y es incapaz de cambiar en cualquier momento sus puntos de vista o de desecharlos de buena gana bajo el peso de las evidencias, menciona Malinowski (1973). Siguiendo con la misma idea, Kovats-Bernat (2002) menciona que si se va a trabajar en áreas peligrosas, se debe comenzar con un cambio desde cómo es definida la metodología, es decir, ya no como un ensamblado rígido, sino como una práctica ecléctica, flexible, diversificadora e integradora que contemple formas de escape ante el peligro para salir bien librados.

Trabajar en ambientes hostiles requiere la capacidad del investigador para aceptar la realidad social en la que trabaja, de estar abierto a condiciones cambiantes y repensar la investigación cualitativa como un modelo heterogéneo, elástico y maleable, desde el cual se pueda ir con la corriente sin la pretensión de encausar la información; ser capaces de modificar el guión de entrevista, acortar charlas, reinventar la metodología, objeto de estudio o incluso el tema central de la investigación en aras de salvaguardar nuestra propia seguridad ante situaciones inesperadas. *“Usa tu propio estilo y acércate suavemente. No seas agresivo-*

vo. Trata de ver quién está disponible para una conversación y habla con ellos cuando estén listos; espera si no lo están" (Williams et al, 1992:9).⁵

Como menciona Durand (2014), el oficio se aprende con la práctica y si no hay imaginación sociológica, difícilmente se pueden encontrar caminos nuevos, soluciones diferentes y enfoques originales.

Con todo esto, Pieke (1995) señala que los antropólogos no deberían apegarse a la ejecución de un plan de investigación determinado, pero tampoco deberían abandonar el tema y empezar de cero. Los accidentes antropológicos, como él los llama, no se tratan de emergencias, sino de entender la contingencia en un contexto social y cultural ampliado, haciendo uso del **sentido común e instinto de supervivencia**. Es decir, identificando la idoneidad para realizar una entrevista en un momento determinado, abandonar una charla, un lugar o el tema de estudio cuando el ambiente se vuelva hostil o incómodo. En resumen, tomar el camino que presente menos contrariedades y actuar con el sexto sentido, lo cual, señala Williams *et al* (1992), es relativamente fácil, pues lo usamos todos los días cuando nos enfrentamos a nuevas situaciones.

Por otro lado, hay que reconocer que en ocasiones los objetivos que se persiguen inicialmente no siempre podrán descifrarse debido a la poca información que hay o a las limitantes que las vidas cotidianas en contextos de violencia representan. Al respecto Danielle Strickland señala la impotencia sentida al no poder conocer los escenarios en los que se desenvolvían sus sujetos de estudio después de las ocho de la noche en el barrio de Tepito.

El trabajo de campo bajo estos contextos rompe con toda regla occidental, señala Gill (2004). Si tuviéramos que

⁵ Negritas propuestas por el autor.

seguir al pie de la letra todas las precauciones, como no ir a lugares desconocidos sin compañía, no confiar en extraños o no estar fuera tan tarde, entonces no se podría avanzar en la investigación, es por eso que también es necesario tomar ciertos riesgos y encontrar un punto medio que nos ayude a discernir entre los límites de los accidentes antropológicos y las oportunidades que se nos presentan.

Otro aspecto fundamental para proteger la integridad de nuestro trabajo, la seguridad de nuestros interlocutores y la propia, es la **honestidad y confidencialidad** de la información que manejamos. De esta forma, la transparencia - desde el inicio y a través de una explicación detallada de las propuestas de investigación y los métodos que se van a usar - se vuelve parte fundamental de nuestro quehacer como antropólogos y la metodología que manejamos. No obstante, surge la siguiente duda: ¿Cómo se afecta el trabajo de campo cuando los participantes piden a los etnógrafos colaboración o incluso complicidad en la información? El silencio, bajo esta circunstancia, se vuelve parte de la metodología en lugares donde opera el control autoritario y el miedo, de esta forma, la complicidad y el silencio se contemplan como una estrategia de sobrevivencia tanto para el investigador como para los participantes.

En zonas de conflicto donde los derechos humanos y las garantías individuales son borrados, es importante recordar que la labor de los antropólogos y antropólogas también puede ser usada en contra de la gente con la que trabajamos, por lo tanto debemos **brindar protección y seguridad** a quienes participan de la investigación, teniendo en cuenta la responsabilidad ética de emprender una evaluación de los riesgos que los participantes y la sociedad en general podrían enfrentar como consecuencia de la investigación (Lee-Treweek y Linkogle, 2000). Es por eso necesario cambiar los nombres y omitir —incluso en el diario de

campo y notas— nombres de lugares, empresas o cualquier información por muy importante que sea, que pueda amenazar la seguridad de los participantes, pues los diarios de campo guardan mucha información que puede ser usada en contra de la población, e incluso del investigador.

Al respecto, la antropóloga Camila señala la pertinencia de borrar archivos de audio después de tomar notas si es necesario, pues esto es parte del contrato de confianza que se establece entre el investigador y el informante, cuando se tiene que lidiar con información importante que puede ser factor clave entre la vida y la muerte: “Debemos recordarnos diariamente que algunas de las cosas que anotamos pueden significar acoso, exilio, tortura o muerte para nuestros informantes o para nosotros mismos” (Kovats-Bernat, 2002:9).

Por otra parte, el **uso de herramientas**, por su visibilidad, se vuelve más arriesgado y peligroso en ambientes de conflicto. Si lo que se pretende en todo momento es actuar “etnográficamente” y guardar un perfil bajo durante el trabajo de campo, sacar una cámara fotográfica o de video en estos contextos puede dar pauta para que el etnógrafo levante sospechas o sea identificado como un periodista – la profesión más peligrosa del país - y que la información que se pretende obtener sea inconsistente.

Respecto al diario de campo y libreta de notas, diversos investigadores coinciden en que éstas son las herramientas básicas del antropólogo, sin embargo, hay que saber ser prudente y elegir el momento adecuado para escribir en el diario o tomar notas. Por seguridad se recomienda no escribir delante de los sujetos, sino hacer uso de la retención de memoria o anotar solamente palabras clave que se puedan relacionar fácilmente con el acontecimiento que se desea describir para después, lo más pronto posible, hacer el vaciado de información en un lugar apartado

como el transporte público, alguna tienda, el baño, o por la noche, al llegar al lugar de hospedaje donde el investigador se sienta seguro.

Es necesario considerar que cuanto más tiempo pase entre la observación y la escritura, más difícil será elaborar registros con detalles suficientes para la monografía o texto a escribir. Siguiendo en este rubro, es recomendable entrenar la destreza para crear *jotting notes* (Emerson *et al*, 2011), es decir, anotaciones de palabras clave, abreviaciones, símbolos, frases cortas e incluso dibujos que, además de hacernos recordar la idea que en el momento no pudimos escribir, pueden servir como método de seguridad al ser incompresibles para quienes pretendan leerlas, pues como ha sido ya mencionado, las notas de campo pueden contener información sensible en contra del antropólogo o sus informantes (Kovats-Bernat, 2002).

Para la escritura de este tipo de anotaciones, algunos etnógrafos prefieren hojas de papel dobladas que puedan ser fácilmente guardados o desechadas, o bien libretas pequeñas que quepan en los bolsillos, sin embargo, recientemente hay quienes han optado por hacerlo mediante dispositivos electrónicos como celulares, tablets o grabadoras (Emerson *et al*, 2011). Si se opta por alguna de estas últimas opciones se debe ser muy cuidadoso, pues la desventaja de los dispositivos electrónicos es que la información puede compartirse o llegar a manos equivocadas, incluso cuando no es nuestra intención, motivo por el cual es importante asegurarnos de que sólo el propietario del aparato tenga acceso a estas herramientas creando contraseñas de acceso seguras, lo cual implica no incluir fechas de nacimiento o iniciales del nombre propio.

Uno se vuelve un poco paranoico. En mi computadora a veces la información se bloqueaba o se cerraba, so-

bre todo cuando estaba en internet (Gabriela, comunicación personal, 22 de agosto del 2016).

Es importante en este punto señalar que en todo momento se debe evitar, incluso en *jotting notes*, anotar el nombre real de los participantes, para esto se pueden usar pseudónimos, número e incluso claves. Jenkins en Emerson (2011) sugiere que uno debe portar solamente la información y notas del día.

Al hacer uso de dispositivos electrónicos adquirimos la obligación de respaldar toda la información que se recolecta ya sea en disco duro, USB, tarjetas de memoria, *Dropbox* o correo electrónico; sin embargo, se deben extremar precauciones con la información que ahí se deposita, pues como ya se ha mencionado, es fácil que la información se filtre en la red y ésta llegue a manos de quienes puedan ponernos en riesgo a nosotros o a nuestros informantes. Por eso, como opciones alternas y más seguras se puede hacer uso de plataformas específicas de manera confiable como *Jitsi* para hacer videollamadas de forma segura, *pad.riseup.net* para generar documentos compartidos privados, *Encrypt* para enviar mensajes de texto confidencialmente o *Telegram* como sustituto de *WhatsApp*. A pesar de todas estas recomendaciones de programas y plataformas específicas, la antropóloga y activista Aleida Quintana recomienda como cuestión básica tener siempre crédito en el celular y si es necesario contar con dos dispositivos en diferentes compañías telefónicas por si alguna falla, no contestar números desconocidos y siempre tener un directorio en el bolso o mochila, para que si existe algún tipo de agresión física se pueda contactar rápidamente a algún familiar o amigo.

Por otro lado, el uso de la grabadora de voz debe ser prudente, pertinente y siempre preguntando a la población si está o no de acuerdo en ser grabada para mantener la

transparencia en el trabajo que se realiza. Al respecto, Gabriela señala que hay que aceptar las condiciones que los sujetos ponen al investigador y utilizar la retención de memoria cuando éstas se niegan a ser grabadas. Por cuestiones de seguridad y confidencialidad, comenta que las mejores entrevistas fueron las que no quedaron documentadas, pues la gente tiende a abrirse más cuando no se siente vigilada o grabada y eso puede ayudar a crear un ambiente de mayor confidencialidad.

Sobre el uso de la cámara fotográfica o de video, señala que en contextos de violencia es preferible no emplearla y en caso de ser necesario sería más adecuado utilizar un dispositivo móvil con cámara, pues es más pequeño, manipulable y fácil de esconder.

Camila, quien trabajó con familias de desplazados, recomienda únicamente tomar fotos de recorridos y lugares, pero nunca de las personas, pues esto, además de incomodar, podría exponer la vida de nuestros informantes en ciertos contextos. La opción de **trabajar de manera encubierta** ha sido controvertida y descalificada por muchos etnógrafos, pues según Hammersley y Atkinson (1994), si se llegara a descubrir la verdadera naturaleza del antropólogo, entonces las consecuencias serían desastrosas tanto para el investigador como para el cumplimiento del proyecto de investigación. Sin embargo, la investigadora Gabriela, quien trabajó temas de organización civil con familiares de víctimas de desaparición, tuvo que grabar encuentros y asambleas entre autoridades y familiares - situaciones que generalmente son intensas y muy ríspidas - con su grabadora escondida, pues el uso de ésta no estaba permitido dentro de instituciones gubernamentales.

En cuanto a **entrevistas**, se recomienda que éstas se realicen en lugares neutros, públicos y seguros, como plazas o cafés, y durante el día, para evitar caminar por veredas solas al anochecer.

En contextos de conflicto los nodos emocionales son comunes entre los participantes, por lo que es importante **revisar el guión de entrevista** con cuidado antes de comenzar, pues puede haber preguntas provocadoras que podrían llegar a frenar la investigación. Al respecto Goldstein (2014) señala la importancia del tipo de pregunta que se hace, pues el énfasis con el que se formule determinará la forma de contestar de los informantes. Habrá ocasiones, como menciona Gabriela, en las cuales la atención del participante se desvíe hacia otro tema que no es pertinente para la investigación y se encauce a recordar experiencias dolorosas. Uno sentirá impaciencia por concluir la entrevista, sin embargo, tenemos que aprender a ser buenos receptores escuchando historias duras que no nos gustarán y que quizá incluso puedan deprimirnos, pero una vez que aprendemos a escuchar atentamente, menciona la investigadora: “la gente se abre, es impresionante cómo te abren su casa, su corazón, te hacen parte de ellos” (Gabriela, comunicación personal, 22 de agosto del 2016).

La responsabilidad de escuchar no solamente implica un ejercicio de oír, sino tener empatía. Hacerles sentir a las personas que no se les tiene lástima es importante durante las entrevistas, pues en una atmósfera donde ya de por sí son víctimas, lo que menos quieren es ser revictimizados.

Al mismo tiempo hay que mostrar empatía y respeto hacia las personas con las que trabajamos, “cuando una persona llora, dejar que lo haga, pues es parte del ser humano y la gente se reconstruye a partir de él, hay que saber dar la mano o tocar el hombro en señal de empatía [...] y saber que es parte de las historias que estamos tratando [sic]” (Camila, comunicación personal, 16 de septiembre del 2016).

Por otro lado, es aconsejable **elegir la modalidad de entrevista semi-estructurada frente a la cerrada**, pues esto permite mayor apertura, libertad y flexibilidad al infor-

mante para dirigir la entrevista y poder crear un ambiente más cómodo:

El lugar donde se realiza la entrevista es, pues, una variable a tener en cuenta cuando tratamos con identidades latentes. El "territorio" (Lyman y Scott, 1970) seleccionado para realizar la entrevista puede representar una importante diferencia del desarrollo de la misma [...] Además, la cuestión de dónde y cuándo efectuar la entrevista no es simplemente una cuestión de bienestar o malestar del entrevistado y el entrevistador. Diferentes lugares probablemente inducirán o constreñirán determinados temas de conversación. En parte, esto se debe a la posibilidad de que alguien esté escuchando (Hammersley y Atkinson, 1994:140).

Durante las entrevistas, además de considerar lo antes mencionado, se debe tener en cuenta que en los lugares a donde no podemos volver con facilidad por el ambiente riesgoso, será necesario realizar más de una o dos entrevistas largas al día, lo cual demanda mucha atención y capacidad de escucha. Aleida Quintana comenta que al realizar entrevistas no se puede seguir un orden de preguntas, hay que dejar que la entrevista fluya sin encauzarla, pues los participantes, en este caso familiares de personas desaparecidas, llevan un proceso emocional y en ocasiones se vuelve imposible obtener respuestas por días, meses e incluso años.

Ante tales circunstancias, hay que saber esperar para poder seguir el hilo conductor de la gente, pues esa es su voz y es parte fundamental de nuestro aprendizaje como antropólogos.

Sirvo como contención emocional. Solamente hago preguntas para que se desahoguen. Lo más difícil es

enfrentarte con el dolor, a partir de eso no duermes, no comes (Aleida Quintana, comunicación personal, 4 de julio de 2016).

En contextos donde se trabaja con emociones fuertes, es necesario que el investigador tenga una **preparación psicológica** para poder enfrentar lo que Nordstrom y Robben (1995) llaman “choque existencial”, definido como una desorientación sobre los límites entre la vida y la muerte específica de cada contexto en el que se vive, pues “escuchar, sentir, vivenciar el dolor del otro, o incluso sentir la imposibilidad de comprenderlo y dimensionarlo, hacen parte de los efectos que tiene el trabajo de campo en los investigadores” (De la O y Medina, 2012:18).

De esta forma existen varias consideraciones a tomar en cuenta, el primero es aprender a convivir con las emociones de nuestros sujetos y cultivar la calma durante las entrevistas que realicemos, pues habrá ocasiones en las que tendremos que participar de charlas prolongadas sin que el interlocutor brinde la información específica que estamos buscando, teniendo que lidiar con las emociones de los mismos cuando se tocan temas frágiles. En esos momentos debemos tratar de ser objetivos ante dichas emociones, pues esta situación puede moldear el análisis y el entendimiento de las investigaciones realizadas (Lee-Treweek y Linkogle, 2000).

Mientras se hace trabajo de gabinete y antes de comenzar a involucrarse dentro de la comunidad de estudio, es difícil dilucidar las cargas emocionales a las que uno se va a enfrentar, por eso es fundamental tener cuidado cuando se pide a las víctimas que narren su historia, pues habrá situaciones e historias de alto impacto para las que seguramente no estaremos preparados y es donde la estabilidad emocional del investigador se puede ver afectada debido al ambiente de estrés y angustia en el que se trabaja:

Mis primeras entrevistas fueron muy difíciles, cuando empezaba a hacer las entrevistas y ver como se les empezaba a quebrar la voz, cómo empezaban a llorar, rasgaban los sillones, cómo tomaban el café o todos esos detalles, regresaba a mi casa llorando. Ahí fue cuando decidí que tenía que hacer algo también por mí porque yo quería seguir con el tema sin embargo ya estaba siendo bastante afectada (Gabriela, comunicación personal, 22 de agosto de 2016).

Ante estas situaciones los diversos investigadores consultados narraron que entre las consecuencias que han tenido debido al ambiente emocional en el que han desarrollado sus investigaciones están las pesadillas, ansiedad, enfermedades, dolor de estómago, de espalda, insomnio y migrañas, por eso es importante buscar espacios de desahogo con compañeros, familiares o colegas, y si la situación lo amerita, se tomen terapias psicológicas que ayuden a suavizar las impresiones que los contextos de violencia dejan como estragos.

Danielle Strickland, quien trabajó con poblaciones callejeras optó por ver en su herramienta fundamental como antropóloga, el diario de campo, un lugar en el cual hacer catarsis y plasmar por escrito todo lo que sentía.

La **reflexión personal** sobre ¿Cuál es mi objeto de estudio?, ¿por qué estoy aquí?, ¿quién soy?, pero sobre todo ¿cuál es mi papel como investigador? es fundamental para no caer en el peligroso juego de prometer que se va a cambiar la realidad que se estudia y crear falsas esperanzas con la comunidad, pues se puede dar voz a las víctimas, pero jamás podremos restaurar sus vidas (Nordstrom y Robben, 1995). Sobre esto, una de las antropólogas entrevistadas, menciona la dificultad de darse cuenta de su papel como investigadora, pues tuvo que callar y no denunciar delitos

como pederastia y otros abusos con el fin de no crear más problemas de los que ya había en su campo de estudio.

Dentro del manejo de las emociones, es importante **controlar el miedo y conocer los límites** dentro de la investigación. Por un lado, debemos establecer límites de lo que es permisible para nosotros como investigadores, es decir, plantearnos cuánta violencia estamos dispuestos a presenciar, saber cuándo retirarse y sobre todo saber de antemano que habrá situaciones de la vida diaria que no podremos conocer por la peligrosidad que ello implica.

Por otro lado, es fundamental no temer, pues “actuar con miedo puede causar situaciones peligrosas innecesarias” (Williams *et al*, 1992:5) y poner al etnógrafo en la categoría de víctima abriendo la posibilidad de ser blanco de crímenes como asaltos o robos.

El punto es que uno no debe tener miedo, hay que tener precaución. No hay que acostumbrarnos al miedo, eso sería favorecer a estos grupos (delictivos), como reconocer que tienen autoridad sobre nuestras vidas. Se estará a salvo en la medida que uno tenga precaución y sepa moverse en campo (Eduardo, comunicación personal, 12 de agosto del 2016).

Finalmente, Hammersley y Atkinson (1994) afirman que el o la investigadora no puede escapar a las implicaciones que devienen de las cuestiones de género en el trabajo de campo. Por un lado, se tiene que “los hombres encontrarán difícil ganar el acceso al mundo de las mujeres, especialmente en las culturas donde existe una fuerte división entre sexos” (p.100) y viceversa. Sin embargo, es importante señalar que, de acuerdo a los mismos autores, el tema de género sólo ha sido visibilizado cuando se han planteado problemas en cuanto a las relaciones que las antropólogas

establecen durante trabajo de campo, pero raramente las implicaciones que tienen estas fallas relacionales han sido reflexionadas o publicadas.

Considerando que según cifras mundiales publicadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS) en 2016, una de cada tres mujeres en todo el mundo ha sufrido violencia física y/o sexual en algún momento de su vida⁶ y que en México, según el Inegi (2016),⁷ siete mujeres son asesinadas todos los días, se vuelve fundamental poner sobre la mesa la amenaza real que representa hacer trabajo de campo para la mayoría de las etnógrafas. En este sentido, el género es un asunto que juega un papel importante en la relación que establece la investigadora con sus informantes y su entorno, pues las mujeres investigadoras tienden a enfrentar con más frecuencia amenazas, acosos, bromas y hasta contacto físico inapropiado de tipo sexual y violaciones (Goldstein, 2004).

Bajo este contexto se vuelve necesario incrementar las precauciones al salir a campo. Camilia, quien tuvo que desplazarse por varios estados de la república para completar su investigación, recomienda no manejar por carreteras desoladas, mucho menos sin compañía y de noche, pues esta combinación de factores puede poner a las investigadoras en una situación de vulnerabilidad.

Por otro lado, Aleida Quintana recomienda no subir a taxis sin compañía cuando el problema de violencia u hostigamiento ya ha alcanzado niveles alarmantes. Es necesario tener un trabajo de campo muy coordinado desde el

⁶ <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs239/es/>

⁷ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Estadísticas a propósito del día internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer, Inegi, 2016. http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/aproposito/2016/violencia2016_0.pdf.

principio, planear qué sitios se van a visitar y en qué orden, establecer un horario —si es necesario preguntar a la población— pertinente para andar sola por la calle, tener ropa cómoda en todo momento y no llevar cosas que entorpezcan el movimiento como zapatos altos, sandalias, o faldas estrechas o muy largas por si es necesario escapar rápidamente de alguna situación de violencia o agresión directa.

Cuando se planeen reuniones con integrantes de la comunidad de estudio es importante hacerlo en lugares visibles y neutros tratando de colocarse cerca de algún acceso y de frente a él, esto permitirá tener un espectro más amplio para darse cuenta si está siendo vigilada, quien entra o sale del lugar. En este mismo aspecto, la investigadora señala que es mejor acudir a las reuniones acompañada para que en caso de que ocurriera algo tener testigos de confianza, pues durante su proceso de investigación recibió llamadas falsas con el fin de obtener información. Sobre esto señala:

Antes me citaba sola con los familiares, ahora trato de ir acompañada, para que haya testigos por si hace falta. A veces mandan casos falsos, tratan de sacarme información, pero los identifico por las reacciones emocionales, no lloran o después de la primera cita ya no vuelven a llamar (Aleida Quintana, comunicación personal, 4 de julio de 2016).

La misma investigadora recomienda que, de presentarse niveles alarmantes de violencia y hostigamiento —en este caso por parte del Estado—, es necesario contar con respaldo institucional así como tratar de vincularse con alguna organización y hacerse visible en la medida de lo posible, pues esto, menciona, ayudará a que el riesgo de ser secuestrada o asesinada disminuya, pues al convertirse en una fi-

gura conocida o pública, el peso de la agresión, por medio de la difusión, sería mayor.

Por último, no está de más mencionar que estar siempre alerta de los peligros que se nos puedan presentar es un entrenamiento que todos, sin importar el género, debemos tener, más aún cuando el alza en los índices de violencia en el país parece no detenerse y las agresiones forman parte cada vez más del paisaje cultural en el cual nos desenvolvemos.

CONCLUSIÓN DE TRABAJO DE CAMPO Y ESCRITURA ETNOGRÁFICA

Posterior al trabajo de campo es necesario **hacer una pausa** para aclarar las ideas, revisar y analizar los datos encontrados; al mismo tiempo ayudará a bajar los niveles de ansiedad que puede provocar el trabajo etnográfico en estos contextos:

La primera vez que me senté a escribir sobre los efectos personales experimentados en tal grado de violencia y horror estaba paralizado con dolor, náuseas y depresión. Cada vez que pienso en esto las imágenes me asaltan [...] por muchos años era incapaz de hablar sobre Beirut y aún sueño con ello (Swedenburg, 1995:34).

Tomar distancia y reflexionar sobre los límites de la investigación nos permitirá, apunta Zavala (2014), reflexionar sobre la utilidad teórica y empírica del trabajo de campo.

Una vez habiendo tomado distancia y descansado el tema, se debe iniciar el proceso de escritura etnográfica, el cual requiere adquirir algunas obligaciones con los participantes. Una de ellas es presentar **los resultados del tra-**

bajo de manera limpia y sincera, lo cual implica hacer una descripción exacta de los aparatos y metodología utilizada, las condiciones en las que fueron hechas las observaciones, así como el tiempo que se dedicó a la realización del trabajo y el grado de aproximación que se logró durante el proceso (Malinowski, 1973).

Durante la escritura del resultado de las investigaciones que se realizaron, es importante revisar minuciosamente los datos y poner atención en los detalles que se escriben, por ejemplo, asegurarnos de haber usado siempre nombres falsos, no indicar coordenadas, nombres de lugares específicos o cualquier información que pueda resultar molesta, herir susceptibilidades o poner en peligro al investigador o a los participantes.

Antes de dar por concluida una investigación en contextos de violencia, es importante **proveer la información obtenida a la población** y si es posible dar lectura de las conclusiones de manera pública con el fin de comprobar si éstas coinciden con la perspectiva de los miembros de la comunidad y están de acuerdo con que los datos brindados al investigador sean publicados. El investigador en este punto deberá de estar abierto a sugerencias de cambios, críticas e incluso a la negación total de que la información sea usada para publicarse, pues el reconocimiento de este derecho es parte integral del continuo proyecto de descolonización de la disciplina (Rosemberg, 2014).

Zavala, al dar las gracias y despedirse de uno de sus informantes que le ayudó a involucrarse en la dinámica pandilleril, éste se molestó al grado de reventar una botella de vidrio frente a ella diciendo:

No comprendo por qué ustedes los profesionales creen tener la razón, se sienten superiores y sólo abusan de nosotros porque estamos en la banda y nos

vestimos así. En el hotel los psicólogos dicen ayudarte y sólo quieren que hablemos, sólo prometen y engañan, cobran un salario y se van, nunca nos apoyan, pero eso sí tenemos que darles las gracias. Así eres tú, también te vas y no nos ayudarás. Sólo sacan la información y nos destruyen por dentro y por fuera (Zavala, 2014:250).

Ante tales situaciones de tensión y desconfianza de los participantes hacia el o la antropóloga, es prudente reflexionar acerca de los datos con los que contamos y cuál es la intención real de ellos, pues “no son precisamente datos lo que le falta a la antropología, sino más bien algo inteligente que hacer con ellos” (Barley, 1989:20).

En este sentido es importante tratar el tema del **amarillismo** que el uso de imágenes descontextualizadas podría generar, trayendo como consecuencia la banalización de los hechos y del sufrimiento social, mismos que podrían traducirse en una “pornografía de la violencia” a causa del sensacionalismo que las imágenes explícitas puedan causar (Ferrándiz, 2008). Es por esto que debe existir la responsabilidad ética de emprender una evaluación de los riesgos que los participantes y la sociedad en general podrían enfrentar como consecuencia del material que difundimos.

Siguiendo el tópico del uso que se les da a los datos que tenemos, Lee-Treweek y Linkogle (2000) enfatizan en el peligro profesional que corren quienes son depositarios de información importante. **La censura o el veto** —ya sea dentro del gremio académico o de la comunidad de estudio— son peligros de este corte que debemos evitar. En este y en muchos otros países, el poder que tiene tanto el Estado como organizaciones internacionales o empresariales es de gran magnitud y se hará lo posible para que la información con la que contamos no sea usada en su contra.

Respecto a esto, señala Polsky en Feldman (1995) que mientras más controversial sea el tema, mayor será el peligro o la sospecha, y que la mayoría de los riesgos en trabajo de campo venía de las autoridades más que de los participantes, mismos que incluyen intimidación, agravios físicos, arrestos, interrogatorios, persecuciones e incluso ejecuciones.

Al respecto, Omidian (2009) describe cómo fue la tarea de realizar una investigación financiada por la Organización de las Naciones Unidas sobre muertes maternas e infantiles en poblaciones rurales y urbanas de Afganistán. La información, señala, sería usada para desarrollar un sistema de salud culturalmente apropiado y críticamente necesitado en la zona tras los años de guerra.

Omidian encontró un caso inesperado de muerte materna, se trató de una acción militar de los Estados Unidos, quienes estaban contribuyendo a la muerte de mujeres en edad reproductiva en esta región. Su contacto de la ONU en Kabul le pidió borrar esta información del reporte final, la investigadora se negó y, como consecuencia, su estudio no circuló con información cuantitativa. “Como antropóloga sentí la obligación de ser honesta considerando mis datos y reportando mis hallazgos. No era por miedo de que censuraran mi trabajo, sino que era importante dar voz a quienes conocí y entrevisté” (Omidian, 2009:10).

En este punto es necesario señalar, siguiendo a Feldman (1995), investigar los financiamientos, pues podría ser peligroso e inconveniente aceptar financiamiento de agencias que los participantes consideren dudosas.

A pesar de la suma de los esfuerzos que se hacen por controlar lo que se publica y lo que no, debemos saber que no siempre tendremos el dominio total sobre la situación, lo único que podemos controlar es nuestra lealtad hacia las poblaciones que comparten sus vidas con nosotros y, desde la característica más básica de la disciplina, asumir un

compromiso ético, haciendo lo que Rosemberg (2014) llama “etnografías de indignación” y encontrar en ellas un lugar de militancia, recuperar las voces de las víctimas y usar las monografías como sitios de resistencia en las que se haga un llamado a la justicia y en contra del terror.

BIBLIOGRAFÍA

- Barley, Nigel. (1989). *El antropólogo inocente*.
- De la O, María Eugenia y Mediana, Nora. (2012). Ser joven en la frontera norte de México. *Desacatos*, (38), enero-abril, pp. 181-190.
- Durand, Jorge. (2014). “Coordenadas metodológicas. De cómo armar el rompecabezas”. En Christina Oemichen (ed.), *Etnografía y trabajo de campo en las Ciencias Sociales*, pp. 261-284.
- Emerson, Robert, Fretz, Rachel y Shaw, Linda. (2011). *Writing Ethnographic Fieldnotes*. EE.UU.: University of Chicago Press.
- Feldman, Allen. (1995). “Ethnographic States of Emergency”. En C. Nordstrom y A. Robben (eds.), *Fieldwork Under Fire*, pp. 224-253.
- Ferrándiz, Francisco. (2008). La etnografía como campo de minas: De las violencias cotidianas a los paisajes posbélicos. *Retos Teóricos y Nuevas Prácticas*, pp. 89-116.
- Gill, Hannah. (2004). Finding a Middle Ground Between Extremes: Notes on Researching Transnational Crime and Violence. *Anthropology Matters Journal*, 6(2), pp.1-9.
- Gilles, Bataillon. (2015). Narcotráfico y corrupción: Las formas de la violencia en México en el siglo XXI. *Nueva Sociedad*, (255), enero-febrero, pp. 54-68.
- Goldstein, Daniel. (2014). *Qualitative Research in Dangerous Places: Becoming an Ethnographer of Violence and Personal Safety*. Social Science Research Council.

- Green, Linda. (1995). "Living in a State of Fear". En C. Nordstrom y A. Robben (ed.), *Fieldwork Under Fire*, pp. 105-128.
- Hammersley, Martyn y Atkinson, Paul. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*.
- Hobsbawm, Eric. (1994). *Historia del Siglo XX*.
- Howell, Nancy. (2012). "Human Hazards of Fieldwork". En A. Robben y J. Sluka (eds.), *Ethnographic fieldwork: An Anthropological Reader*, pp. 234-244.
- Kovats-Bernat, Christopher. (2002). Negotiating Dangerous Fields: Pragmatic Strategies for Fieldwork amid Violence and Terror. *American Anthropologist*, 104(1).
- Lee-Treweek, Geraldine y Linkogle, Stephanie. (2000). "Putting danger in the Frame". En *Danger in the field. Risk and Ethics in Social Research*.
- Malinowski, Bronislaw. (1977). *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. España: Planeta Agostini.
- Manz, Beatriz. (1995). "Reflections on an Antropología Comprometida: Conversations with Ricardo Falla". En C. Nordstrom y A. Robben (eds.), *Fieldwork under Fire*, pp. 261-275.
- Nordstrom, Carolyn. (1995). "War on the Front Lines". En C. Nordstrom y A. Robben (eds.), *Fieldwork under Fire*, pp. 129-154.
- Nordstrom, Carolyn y Robben, Antonius. (1995). "The Anthropology and Ethnography of Violence". En C. Nordstrom y A. Robben (eds.), *Fieldwork under Fire*.
- Olujić, Maria B. (1995). "The Croatian War Experience". En C. Nordstrom y A. Robben (eds.), *Fieldwork under Fire*, pp. 186-205.
- Omidian, Patricia. (2009). Living and Working in a Warzone: an Applied Anthropologist in Afganistan. Fieldwork Under Difficult Circumstances. *Practicing Anthropology*, 31(2), pp. 4-11.

- Pieke, Frank. (1995). "Witnessing the 1989 Chinese People's Movement". En C. Nordstrom y A. Robben (eds.), *Fieldwork Under Fire*.
- Robbens, A. y Sluka, J. (2012). *Ethnographic Fieldwork: An Anthropological Reader*.
- Rodgers, Denis. (1997). Haciendo del peligro una vocación: la antropología, la violencia y los dilemas de la observación participante. *Revista Española de Investigación Criminológica*, pp. 1-24.
- Rosemberg, Florence. (2014). La etnografía en tiempos de violencia. La etnografía y los desafíos del México contemporáneo [conferencia magistral]. México: INAH TV. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=UqqhGb4-ujU&t=3823s>
- Swedenburg, Ted. (1995). "With Genet in the Palestinian Field", en C. Nordstrom y A. Robben (eds.), *Fieldwork Under Fire*, pp. 25-43.
- Vázquez, Alejandro. (2012). "Introducción". En A. Terven y A. Vázquez (coords.), *Tácticas y Estrategias para mirar en Sociedades Complejas*, pp. 15-26.
- Williams, Terry et al. (1992). Personal Safety in Dangerous Places. *National Institute of Health*, 21(3), pp. 343-374.
- Zavala, Aurora. (2014). "Mi llegada al paraíso. Una etnografía entre pandillas". En Christina Oemichen (ed.), *Etnografía y trabajo de campo en las Ciencias Sociales*, pp. 241-260.

